

“Precariamente vuestra” Carta de una despedida en fuga de la universidad

Cristina Vega*

Madrid, 29 de mayo de 2011

Queridos alumnas, alumnos,

Esto es una carta de despedida o, para ser más precisa, es la carta de una despedida. Como sabéis, hoy el despido se ha hecho más sutil, aunque no por ello menos violento. Se llama “no renovación de contrato” o “extinción de contrato” o “fin de obra”, hala, ¡a la puta calle! La precariedad se ha instalado con tal naturalidad en nuestras vidas que apenas despierta asombro y solidaridad. Los riesgos de nuestro mundo laboral son individualmente absorbidos por los trabajadores y no hay nada en la empresa, ya sea pública o privada, que recuerde a aquella vieja idea de que el desequilibrio entre capital y trabajo tenía que ser de algún modo compensado por un sistema garantista y redistribuidor como medio para asegurar su continuidad. Poco o nada. La instrumentalización de los currantes y de todos más allá de curro se da como en tiempos pasados, aunque ahora, además, es perfectamente legal, como lo demuestran los tipos de contratos y condiciones laborales pactados en las últimas décadas. Hoy, gracias a las relaciones laborales, el mundo es más legalmente abusivo.

Nadie puede llamarse a engaño. Lo nuestro no es un problema de conciencia porque ya todos sabemos de sobra lo que hay: violencia laboral y vital, y digo vital porque el marco laboral se ha quedado definitivamente estrecho. El silencio ya se rompió hace tiempo, y las respuestas estrictamente ideológicas, emancipatorias, por mucho que se empeñen algunos, van por el camino equivocado. Tampoco es un problema la invisibilidad, si bien desagrada profundamente que alguien haga ruido y altere la obviedad que atraviesa nuestro cotidiano. Ya hemos producido

suficientes análisis y cartografías que explican el neoliberalismo y la estrategia de mercantilización y dispersión que ha practicado en las últimas décadas. Lo nuestro no es un problema de decisión, puesto que no hay mucho que decidir, salvo lanzarse sin miedo a la protesta, como estamos haciendo desde el 15 de mayo.



Durante los últimos tres años he trabajado en esta facultad, Ciencias Políticas y Sociología de la UCM, con un contrato miserable de asociada que hoy toca a su fin dado que vuelve la catedrática y ni el departamento, ni la decanato se ha comprometido con mi continuidad en la facultad. He dado clase a tres o cuatro grupos por curso, como muchos titulares, y he cobrado, con el famoso y mal llamado recorte de los funcionarios, menos de 600 euros.

* Profesora de la asignatura de Sociología de las relaciones de género, F. Ciencias Políticas y Sociología, UCM hasta octubre de 2011. Las imágenes que acompañan la carta son del Taller *Cuerpo, espacio y experiencia. ¿Qué(a)siento en la facultad*, celebrado el 10 mayo 2011.



"¿Y si hoy te quitas el traje?", "Vosotros que entráis, abandonad toda esperanza", "Haz el precario"

Eso sí, soy una profesional o al menos así se justifica mi contrato. Pertenezco a ese enorme grupo de gente formada, más bien madura, más bien mujeres, que resulta muy provechosa para el sistema educativo flexible; ahora te cojo sin compromiso, ahora te suelto sin miramientos. Esta forma de inserción precaria se aguanta por varios motivos, y no hablo de los asociados que tienen mesa en el ministerio y les mola figurar como profes; los "verdaderos asociados", que ¡haberlos haylos! El primer motivo es la promesa incierta de introducirse en la institución y mejorar el contrato, algo cada vez más alejado en el horizonte de recortes en el que andamos. El segundo, acumular méritos, evaluables por una agencia (la ANECA) cuyos criterios merecerían una carta aparte, mientras una se dedica a investigaciones por cuenta ajena, más bien propia, puesto que muchos pagan autónomos, por las que facturará estudios externalizados, cada vez peor pagados y lógicamente peores. El tercero, ganar tiempo con medios salarios para ver qué hace una con su vida en un entorno hostil. Eso sí, somos de esa gente que "disfruta trabajando".



Hemos de agradecerles, no obstante, a los sindicatos este criterio, tres años efectivos de cotización a la Seguridad Social fuera del ámbito universitario, que demuestra o bien que somos "auténticos profesionales" con despacho propio o bien que somos auténticos anfibios y podemos adaptarnos a prácticamente cualquier ecosistema. Como era de prever, este límite "protector" pronto se convirtió, en el contexto laboral en el que nos hallamos, en un incentivo para la explotación. ¡Contratemos asociados, que salen más baratos, dan prácticamente lo mismo y les podemos echar cuando nos de la gana! Los datos acerca de la composición de las plantillas en las universidades públicas hablan por sí solos. Unas lo han aplicado con una ética resistente y gazmoña que se ha acabado desmoronando, mientras que otras no han tenido escrúpulos a la hora de seguir precarizando al personal. Al mismo que los recortes ponen hoy de patitas en la calle y que va a someter a titulares y casi jubilados, algunos con poca docencia, a pleno rendimiento. Aumentar la productividad de todos al menor coste posible; de eso ya sabemos hace rato.

Algunas ventaja ya tenemos, sobre todo si cobramos todo el año y trabajamos un cuatrimestre. Claro que, comparado con nuestros respetados compañeros del despacho de al lado, algunos bastante desmotivados, lo nuestro resulta un pelo triste y tiene que explicarse acudiendo a otras cuestiones biográficas, políticas, existenciales.

Yo pertenezco a esa generación que apenas ya fue muy lejos desde la universidad. A algunos

evidentemente les fue bien. Se aplicaron, se adaptaron y consiguieron trabajos en la empresa privada. Después vino gente mucho más lista y disciplinada, buenos estudiantes que supieron abrirse camino maximizando sus competencias, incluso en la universidad. Aunque, como en todos lados, hubo de todo. Si una hace bien los deberes y acumula todo lo que tiene que acumular sin despistarse, y tiene claro adónde quiere llegar, pues hasta puede conseguirlo.



Este no fue mi caso. Yo no sabía muy bien qué quería hacer, a parte de vivir una vida política en el peor momento, la década de 1980 y en adelante. Me dediqué a montar jaleo en la calle, a la barra del bar, a las asambleas estudiantiles, al feminismo. Luego a la okupación, más feminismo, a escribir y pensar en colectivo. Mientras, seguía estudiando y trabajaba en una tienda familiar. Me fui de casa, conseguí un par de becas, siempre para estudiar fuera, y gracias a eso y al colchón familiar me doctoré y comencé a hacer pequeños curros de investigación mientras dedicaba casi todos mis esfuerzos al activismo, resistiendo la integración laboral y todo lo que a mi juicio traía consigo. Esto me condujo, a mí y a otros compañeros, a un terreno muy precario pero autónomo que fue fundiendo progresivamente nuestros intereses intelectuales y políticos con nuestros medios de vida o, al revés, los disoció totalmente. En mi caso, fue lo primero. Cada vez

más viví, precariamente, de lo que me gustaba desde una posición excéntrica (dentro pero al margen). Un *general intelect* puesto en valor por nosotras mismas y progresivamente por el propio capital, que acude a saberes muchas veces intangibles, capital cultural, incluso político, organizativo, a bajo coste y sin derechos, por ejemplo, en el sistema educativo. Así que nuestro deseo de autonomía, heredero de toda una generación que huyó de la explotación y alienación fabril atacando con fuerza la sociedad disciplinaria, nos instaló en unas condiciones existenciales difíciles que fuimos bandeando, algunos con la ayuda familiar, otros con la autoempresarialidad, otros combinando curros a salto de mata, cada cual como pudo y siempre mejor los que podían liberar tiempo, es decir, trabajo para seguir acumulando y reproduciendo clase social. Yo pude salir bien parada, al menos en cuanto a los recursos de los que dispuse, otra cosa fueron las condiciones subjetivas –mis actitudes respecto al trabajo y las del mundo del empleo con respecto a mí– con las que afronté, pude afrontar, mi inserción laboral. En esto, la cosa se presentaba algo más cruda, aunque no se expresara en modo alguno con la dureza del trabajo descualificado, con la crueldad del trabajo en cuya memoria ni siquiera estaba el horizonte del bienestar o con la indignidad del trabajo invisible, en los límites del trabajo.



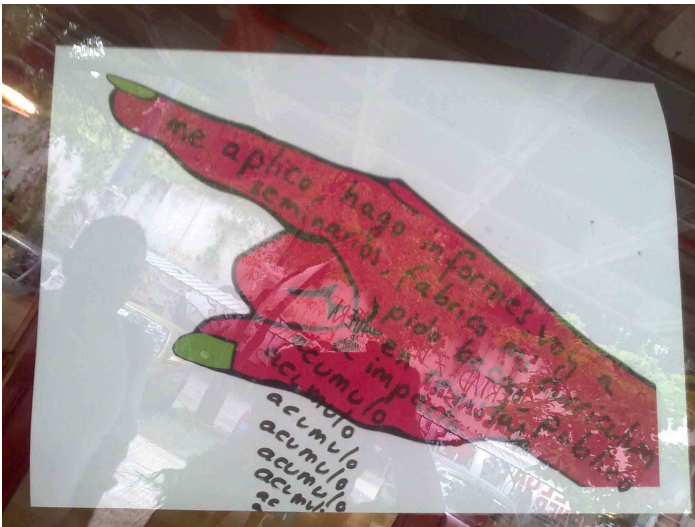
Por cierto que fue esta misma generación, los sesentayochistas, a la que se le premió la crítica (muchos están hoy cómodamente instalados en

sus despachos, despachos críticos incluidos), la encargada de disciplinar y penalizar a los que vinimos detrás. Muchos se negaron, otros no pudieron evitarlo y otros se comprometieron en ello. Seguro que no fue fácil para nadie. Fueron estos últimos, los que ocuparon puestos de poder se entiende, quienes pactaron las condiciones que hoy sufrimos los demás. De ahí que se revuelvan en el sillón cuando se hace algo de ruido. Es entonces cuando se tacha a las ruidosas de exageradas, victimistas, pueriles o, y esto sí que tiene gracia, individualistas; “esto que te pasa a ti, miya, le pasa a mucha gente, de modo que tranquila”. Lo cierto es que no es una cuestión personal, tampoco de opresores y víctimas puesto que la cadena se rearticula y exige complicidades de todos en todo momento, tampoco es una cuestión estrictamente generacional porque hay muchos modos de situarse en este tinglado y casi todos son difíciles, y desde luego no hay mucha “pureza” y legitimidad moral en la precariedad. El problema, como dice la canción, más acá y allá de las personas y sus posiciones y posicionamientos, es que hay algo aquí que va mal. Ha hecho falta que un montón de gente acampara en Sol y se lanzara a la calle para que todo esto, que desde los lugares que habitamos a diario se mantiene acallado y controlado, se hiciera presente y rompiera la legitimidad legal que protege un orden profundamente injusto y tranquilo.



A mediados de los 2000 llegué a la enseñanza y me gustó y ahí sí traté de hacer lo propio, pero en mejores condiciones laborales. Seguía siendo una de esas personas que “disfrutaba trabajando”, pero estaba harta de investigar por mi cuenta de forma muy inestable y con un vínculo institucional demasiado frágil. Sin poder “autorepresentarme” como investigadora puesto que no era titular, ni siquiera contratada, y movilizándolo constantemente proyectos firmados por otros, con abultados impuestos revolucionarios que se quedaba la institución y pagados a destiempo, hecho que hacía que yo misma reprodujera la precariedad en relación a otras personas y optara por trabajar en solitario o directamente mal. Y es cierto que estamos en posiciones cómplices y complejas, y que conocer dónde estamos situadas en esta maraña no siempre resulte simple, y que con frecuencia sea contradictorio. Por entonces ya tenía un buen currículum, si bien un poco estafalario, con recorridos poco justificables desde los criterios, cada vez más rígidos y elitistas, de lo que se considera “calidad” académica. Algo que poco tiene que ver con la calidad y mucho con la capacidad de ajuste; igualito igualito a los círculos de calidad pero en la educación. Que si congresos, que si revistas indexadas, que si publicaciones de impacto, que si lo otro y lo de más allá. A mi juicio, auténtica

basura.



"Me aplico, hago informes, voy a seminarios, fabrico mi curriculum, pido becas, publico en revistas de impacto..., acumulo, acumulo, acumulo, acumulo, acumulo".

Lo cierto es que a pesar de todo, o justamente gracias a este tipo de recorridos, la institución ha ido integrando un saber subalterno, los saberes que hemos amado, que amamos –un modo de entender el feminismo, la participación, el arte callejero, la investigación-acción, performance o lo que haga falta–, siempre y cuando sigan siendo eso, subalterno e instrumental al proceso de acumulación. Hoy el tercer sector, mañana la empresarialidad cultural y las cuencas creativas y pasado la compraventa de experiencias. Finalmente me dieron la acreditación, cosa que por cierto no me ha servido de nada, lo cual demuestra que el ejercicio de la disciplina no tiene límites o precisa de un esfuerzo mejor dirigido. Cuando ya haces el pino, lo que se te pide es el pino puente. Pasado cierto tiempo ya no hay cómo reeducarse, ni ganas. Por otro lado, hay otros requisitos, estos más sociales, que tampoco he cultivado suficientemente. Se trata de acumular, no ya méritos, sino relaciones, alianzas, fidelidades en un medio en el que, como dice un colega, solo puede sobrevivir quien "hace" o se hace, de algún modo, institución. Porque la meritocracia, de todos es sabido, no camina sola...

Todo esto explica en parte el lugar, una suerte de tierra de nadie, en el que me hallo. Una indecisión no resuelta en torno a la inserción laboral e institucional, con el consiguiente déficit

de autoridad y legitimidad que esto produce, al cual se suma el hecho de ser mujer, quizás cierto tipo de mujer, y un deseo de caminar por mi cuenta, que cada vez casa peor con el hecho de ganar una mierda, no tener derechos, no ser valorada por lo que hago, hacerme mayor y tener una hija. Porque la precariedad, aunque sea con autonomía y con colchón, queridas estudiantes, cada vez se lleva peor.



Para muchos sociólogos esto es un discurso. La precariedad se enseña en la universidad, por lo menos en la que yo estoy. Pero para mí, como para muchas otras personas, la precariedad NO es un capítulo del temario, sino que es una experiencia encarnada. Por eso hoy la rebeldía, más allá de los enunciados, se ha hecho cuerpo en nuestras plazas. Entiendo que cueste comprenderlo cuando uno está cómodamente instalado disertando sobre la acumulación originaria, el principio de crueldad o la desregulación del mercado de trabajo. Al final Marx siempre acaba teniendo razón. La cosa es que en este punto el machismo de la institución hace un buen servicio. No solo reproduce a los hombres, como todo el mundo sabe, mucho más fiables en lo que se refiere al conocimiento científico como acción de poder y a la capacidad para representar(se), sino que reproduce la masculinidad capitalista. Ese lugar social desde el que uno ha de construirse como un individuo. Como dice M. J. Izquierdo citando a Horkheimer, un enorme esfuerzo socializador que oculta lo más evidente: que la apariencia de individuo, esa gran ficción, no es más que un simulacro prescrito por el sistema con el fin de mantener un

orden social basado en la competencia. En todo momento y cueste lo que cueste hemos de permanecer enteros, rectos, impávidos con el fin de maximizar las posibilidades, ocultando en lo posible el malestar y la náusea. Hay que seguir adelante y de ahí la profunda incomodidad de encontrarnos frente a frente con la precariedad cuando esta no es un discurso, sino una experiencia vivida de mil y una formas. El dolor y la vulnerabilidad han de ser expulsados de la vida en la medida de lo posible, por lo menos de la vida laboral y yo diría que de la vida a secas.

De todos es sabido que la participación en los rituales del poder, en el hacer institucional, en la cultura laboral, en las redes profesionales y de intereses, es eminentemente masculina. En la universidad, tal y como demuestran los estudios, y en mi caso, la experiencia directa, la conformación de alianzas entre hombres en la meritocracia constituye un mecanismo de integración y ascenso fuertemente asentado. Los hombres priman en sus estrategias de cooptación a otros hombres, igualmente habituados a los códigos laborales e institucionales, mientras las mujeres practicamos un *exit* más o menos consciente, más o menos forzado respecto a los mismos, también por la unidimensionalidad que representan (lo laboral como ámbito de satisfacción y reconocimiento). O eso, o nos pensamos en términos estrictamente individuales (el célebre síndrome de la abeja reina), negando la adscripción al colectivo femenino. El poder, dicen muchas académicas, no compensa, especialmente cuando se paga doble peaje. De ahí el estancamiento, la autolimitación, la integración deficitaria, parcial o directamente precaria en la universidad. La universidad, lo dijo un veterano profesor hace poco en un taller ante el estupor de los estudiantes, “es un patriarcado feudal, y si me apuras, en esto, precapitalista”.



Hoy la educación no tiene futuro, al menos tal y como se está conformando. Es, más que nunca, un entrenamiento especializado dirigido a producir capacidades cognitivas que, por otro lado, tampoco acaban nunca de ajustarse con el mercado. Desde luego no es un ámbito para la emancipación, como antaño se nos hiciera creer. El conocimiento no nos hará más libres, si es que el conocimiento forma parte de la experiencia educativa. Pero lo más grave es que todo este tiempo en el aula (¡otra cosa son los pasillos!) no se piensa como un tiempo-espacio para la experimentación. Esta institución de mercado estrangula cualquier horizonte en este sentido. Bolonia no ha servido para reducir el número de estudiantes por aula, pero sí para penetrar en el gobierno de la institución modulando saberes, disciplinas, recursos, competencias..., que reproducen la desigualdad y el aburrimiento. La misma hipercodificación que se ha practicado en la comunicación telefónica, la misma se lleva a cabo hoy en la educación de excelencia. Esto está generando una burocracia muy poco entretenida que transforma a docentes, investigadores, estudiantes, gestores, a todos, en agentes orientados a captar y poner a punto los recursos existentes, eso sí, contando con el aporte creciente de los estudiantes, para favorecer el beneficio privado; el privado de cada cual (la acumulación de méritos orientados al mercado) y el privado de las empresas (que financian todo aquello que tenga una rentabilidad directa), ya plenamente legitimadas e instaladas en la institución pública. De cara a la Estrategia 2015, el cambio del sistema de financiación mixto acrecentará la competición entre centros, que destinarán todos sus esfuerzos a que los que en

ellos estamos, o estén, se tornen competitivos, se vayan o, en el caso de los estudiantes, paguen más.



Por fortuna, la experiencia del 15 de mayo, que indudablemente desendadena y descansa en muchos micro-despertares, nos ha devuelto el sentir y desde luego el sentido, porque entre otras cosas nos ha reconectado fuertemente con la violencia cotidiana que cada cual vivimos por separado: empleos de mierda, disciplina laboral, educación sin expectativas, falta de servicios para la vida cotidiana y supeditación de los que hay al interés privado, contaminación e insalubridad, especulación y esclavitud hipotecaria, encarecimiento de lo necesario y bajada de salarios, consumo absurdo, falta de democracia y reconocimiento, sobrecarga en las tareas de cuidar, jerarquías laborales y paro para disciplinarnos a todos. Se pasaron, no sabemos por cuánto tiempo, los efectos de la anestesia.

En este contexto lo único que cabe hacer es detener el aula, desbordarla y, si se puede, abrir un agujero para anclarla como espacio del sentir y la experiencia, un espacio de pensamiento encarnado, atravesado, que pueda salir y hacer entrar la vida.

Hace poco organizamos un taller *–Espacio, cuerpo y experiencia. ¿Qué (a)siento en la facultad?–* tratando de responder a la sensación de desafección que tienen algunos estudiantes. Aquí, afirman, no hablamos de lo que verdaderamente nos está pasando. Transitamos este espacio, pero no tocamos el malestar, la soledad, la extranjería, también la alegría, ¿por qué no?, que sentimos. La experiencia está asfixiada. Sin desconcierto, sin sorpresas, sin sentido, la vida en la facultad transcurre *sin sentir*.

Algunos han tratado de protegerse contra este golpe de verdad sentida. Pero la naturalización del todos contra todos y el sálvese quien pueda (“esto es España”, “todos nos aprovecharíamos si pudiéramos”, “todos somos chorizos”, etc.) no ha funcionado del todo como máquina de recodificación. Así que hemos gritado que sí, que somos antisistema, porque el sistema es antinosotros. Tal y como hemos dicho en otro sitio, “la verdad es que no nos integramos, además, como dijo una mujer en la radio, no nos dejan, y como no nos dejan, nos preguntamos: ¿pero quién quiere integrarse en esta mierda de mundo?”.



En estos casi tres cuatrimestres y desde esta posición tan periférica y con esta actitud tan excéntrica, he hecho algunas amistades y he tratado, apenas, de crear un entorno cooperativo con algunos estudiantes (el grupo de trabajo sobre género y sexualidad con exalumnos, las intervenciones inesperadas en el aula de la asignatura de género y el grupillo de trabajo del máster de participación con el que hicimos un cuadernillo de la acampada Sol), desde el que hemos empezado a vislumbrar algunas cosas, también a nombrar lo que nos pasa. En algunos de estos espacios de encuentro, hemos ido dejando poco a poco de hacer seminarios para pensar más en intervenciones que desordenaran y desbordaran el aula (la profesora, los alumnos y la relación de autoridad, lo que hay que conocer, el método, etc.) para hacer aflorar un pensamiento a partir del sentir. Para mí es un proceso interesante desde el que pensar también mi posición y el poder que detento, que me otorga una institución con la que tengo esta relación tan contradictoria. Es simplemente un camino, una línea de autoinvestigación que habíamos comenzado y que hoy, para mí y desde aquí, se va al garete.

Este cuatrimestre ha sido la travesía del desierto y, si no hubiera sido por estas frágiles alianzas y por la necesidad de salir por algún lado, también escribiendo esto, no sé cómo habría acabado, además de con unas ganas locas de emigrar. Por fortuna, los acontecimientos de mayo han abierto un espacio para la esperanza, un espacio que deberemos cuidar y organizar como mejor podamos porque es mucho lo que en él nos

jugamos. El movimiento 15M es la encarnación de todos estos malestares, de los malestares de todos y de cualquiera trenzados en una politicidad abierta, dinámica, en proceso de experimentación y atenta a no detenerse allí donde el poder pueda atraparla; con asentamiento pero dispuesta a moverse y situarse, con acompañamiento de todos pero dinamizando el encallamiento en la unanimidad, utilizando los saberes pero despegándose de los expertos, construyendo voces múltiples que den cuenta de las dificultades que nos atraviesan de forma singular sin guetizarse en las identidades. Inteligencia colectiva que nos impulsa hacia el aprendizaje, la experimentación y un deseo imparable de confluir. Ahí, de seguro, nos vamos a encontrar.



Os deseo mucha suerte con todo

Precariamente vuestra

Cristina Vega